

Catorce de febrero.

Andrián Peña

Image not found.

# Capítulo 1

Hace setenta y cinco años, en este mismo parque, nos vimos por última vez. Era la víspera del día de San Valentín. Nos habíamos encontrado unas cuadras atrás, a la salida del subterráneo y caminamos lentamente, susurrándonos tonterías al oído mientras los últimos rayos de un sol agonizante llenaban el mundo de una tonalidad rojiza y espectral.

Conversamos durante un par de horas, sin reparar en el tiempo que se perdía en el vacío, irrecuperable como siempre. Hubiera dicho otras cosas, cosas más trascendentales si hubiese sabido que no volvería a verla jamás. Pero no las dije; nos despedimos con la promesa de encontrarnos nuevamente al día siguiente en aquel banco del viejo parque para celebrar nuestro primer día de San Valentín.

Regresé a casa y al acostarme, planifiqué en mi mente de forma detallada lo que habría de ser un día perfecto e inolvidable para los dos. Extasiado en mis pensamientos, caí víctima de un sueño implacable. Aquella noche soñé intensamente. A través de los años he intentado vislumbrar lo que soñé, empeñado en encontrar en ese sueño alguna premonición de lo que habría de suceder. Pero nunca pude adentrarme en aquel profundo secreto que ha permanecido dormido por largo tiempo sin revelarse ante mi y me temo que ya se ha perdido para siempre.

Al amanecer desperté emocionado; salí de casa dispuesto a materializar todo lo que había proyectado la noche anterior. Pasé el día entero recorriendo sin descanso las calles de la ciudad en búsqueda del regalo apropiado para ofrecerlo como prueba de mi profundo afecto. Me decidí por unos costosos y exóticos chocolates importados del otro lado del mundo y complementé aquel presente con un magnífico ramo de rosas. Al atardecer, estaba una vez más en casa, preparándome con prisa para encontrarme con ella antes de que las penumbras se abalanzaran sobre la tierra.

Me dirigí presuroso al sitio acordado y aguarde con paciencia su llegada. No me sorprendió que no apareciera a la hora señalada, pues en el corto tiempo que llevábammos conociéndonos, me había demostrado que la puntualidad no era una de sus virtudes. Tenía, ahora recuerdo, una curiosa capacidad para flotar por encima del tiempo, manifestándose en los momentos menos esperados. Aquella cualidad, lejos de molestarme, me fascinaba.

Me entretuve largamente observando los rituales de amor de las infinitas parejas que transitaban por el parque. Absorto en mis cavilaciones, no me percaté del largo tiempo que había pasado sentado en soledad hasta que el parque quedó desierto y yo me perdí en medio de la noche. La tenue luz de los faroles aún iluminaba pálidamente el lugar y decidí seguir esperando su llegada. La tendría frente a mi en cualquier momento - pensé-. Mientras esperaba, traté de imaginar las razones de su retraso; busqué la calma y me recordé a mí mismo que en este mundo somos como hojas llevadas por el viento del azar, lo cual nos mantiene sujetos a la posibilidad de que nos ocurran sucesos inesperados cuyas causas y efectos no nos es dado controlar. Esa explicación consoló la decepción que comenzaba a crecer poco a poco en mi interior.

Como no llevaba reloj, no podía saber la hora con certeza. Sin embargo, gracias a la ubicación de la luna y de algunos astros conocidos en el firmamento, deduje que ya había pasado la medianoche. El catorce de febrero había muerto y yo aún permanecía allí. Decidí entonces levantarme del viejo banco de madera, aunque siento que una parte de mí se quedó en el para siempre. Caminé ya sin apuro alguno a través de la ciudad desolada en busca de una respuesta que no hallaría. El alba del nuevo día me sorprendió aún perdido entre los laberintos de la urbe, con la caja de chocolates y el ramo de rosas aún en mis manos; me apresuré a esconderlos en mi abrigo para evitar suscitar las burlas o comentarios de la gente que comenzaba a salir de sus casas. Nadie me entendería.

...

Nunca más supe de ella. No tenía manera de encontrarla por más que lo intenté sin descanso. No teníamos amigos en común y yo desconocía el lugar donde vivía. Ella se encargó de mantener en secreto cualquier detalle que me hubiese podido revelar su paradero. Desde entonces, cada catorce de febrero he acudido puntualmente al mismo banco del parque, con la esperanza de que aparezca sin darme ninguna explicación. Me he sentado aquí a través de horas infinitas, consumiendo con lentitud los últimos vestigios de mi existencia. La gente que pasaba me saludaba, a veces; otras veces simplemente se reían de mí. Quizás les causara gracia verme allí sentado, con mi caja de chocolates y mi ramo de rosas, esperando a alguien que no llegaría. Hace algún tiempo, - ya no recuerdo cuánto- dejaron de fijarse en mi; ya no notan mi presencia, aunque he seguido estando en el sitio de siempre.

...

Hoy, como hace tantos años, vuelve a ser catorce de febrero. Perdida entre las densas telarañas del pasado quedó mi juventud. El tiempo pasó de forma inexorable y yo vuelvo a estar aquí, sentado en el viejo banco que quizás pronto dejará de existir. Hoy, como aquel lejano día, he venido nuevamente sin un reloj en mi muñeca, pero ya no hace falta, pues a lo

largo de los años, perfeccioné el viejo arte de leer el tiempo en los astros. Ya falta poco para la medianoche y una vez más, creo que he esperado en vano. No importa. Volveré el otro año con mi caja de chocolates y mi ramo de rosas en la mano. Mientras tanto, es hora de volver a mi tumba. No hay sitio en este mundo en donde se pueda meditar con mayor tranquilidad acerca de todo lo que no fué.